

PABLO GONZÁLEZ CASANOVA.
Una utopía de América. El
Colegio de México, 1953, 171
pp.

Juan Nepomuceno Adorno fué un inventor mexicano del siglo XIX. Inventaba aparatos extraños destinados a resolver problemas comunes, y a salvar a México. Era un preocupado de la humanidad y de los inventos, y también inventaba utopías. Los aparatos que el "entendido mecánico" producía llenaban de regocijo a algunos de sus conciudadanos, deseosos de parangonar en ingenio a nuestra patria con las naciones extranjeras. Pero a veces eran tan peregrinos que los mismos entusiastas conciudadanos del señor Adorno, "más amigos de la verdad...", las consignaron piadosamente en sus diarios como portentosos inventos, pero las describieron en los mismos con tal puntualidad, que es imposible suponer que lo hicieran con ánimo exento de malicia. El fusil de retrocarga, la diligencia blindada fueron descritas objetivamente en *El Monitor Republicano*: "La diligencia blindada es una verdadera fortaleza con tres ruedas para hacerla inviolable y para que gire con la soltura y el desembarazo de una ardilla..." Sólo que el señor Adorno no pensó que los caballos eran mortales, y que sin ellos cualquier diligencia —en uno u otro sentido— era inútil.

El señor Juan Nepomuceno Adorno no sería para muchos de los mortales lectores de nuestro tiempo más que una curiosidad de nuestro pasado, que, a lo más, despertaría en ellos una benévola, compasiva sonrisa, con su historia. Pero el doctor González Casanova, sociólogo e historiador de nuestra cultura, sabe que detrás de un "hombrecillo" suele haber todo un mundo de ideas que condicionan su existencia, y sin descuidar al hombrecillo que había en el señor Adorno descubrió también al gigante frustrado —autor de utopías— que compartía su existencia con el hombrecillo, como éste lo hacía con él.

Para un lector desatento, pero enterado, puede parecer en una primera ojeada que el valor de este ensayo radique en su primer capítulo —"El hombre moderno en México"—, síntesis apretada de conocimientos sobre el acontecer de la historia mexicana en sus perspectivas cultural y política, que consigue demostrar en su brevedad que "una visión de la historia moderna de México advierte al espectador del cambio fundamental en la actitud de los hombres (del país, que). De elementos de la creación pasan a ser creadores en el sentido ecuménico de la palabra. (A quienes) los embarga el optimismo que acompaña a toda creación..." Pero para un lector atento y preocupado, el brillo de estas primeras páginas no ocultará el interés que entrañan las siguientes —con su aviación de curiosidad—, y en las que la ciencia y paciencia del autor se acompañan de un buen humor que contamina al lector en primera instancia y le revela luego el fruto más preciado de observaciones agudísimas que deja caer entre líneas. Así, la imagen que hace de "Un hombre práctico del romanticismo" podrá ser la imagen de un ser curioso que se llamó en vida Juan Nepomuceno Adorno, pero es también una imagen, si sarcástica, comprensiva, de los avatares de la vida mexicana del XIX, y por tanto de sus hombres, cuyas pequeñas grandezas, y grandes pequeñeces, no bastaron a impedir el nacimiento de una nación, aunque hayan marcado su

LIBROS

índole, ni obstaron la grandeza patricia de la Reforma y la lucha contra la intervención.

Dos capítulos más y un epílogo completan este ensayo, entre cuyas virtudes no es la menos notable la calidad de la prosa en

que está escrito. Los capítulos versan sobre "Este mundo: México en 1858" y "El otro mundo: la utopía", y el epílogo traza la génesis de la utopía de Adorno, que con el título de "El remoto porvenir" se incluye en el apéndice. E. F. V.

ERNST CASSIRER: El problema del conocimiento

La sección de filosofía del Fondo de Cultura Económica acaba de editar el primer volumen de la versión castellana, escrupulosamente realizada por Wenceslao Roces, de la gran obra de historia de la filosofía, circunscrita a la exposición del desarrollo de la teoría del conocimiento, del insigne filósofo alemán contemporáneo, Ernst Cassirer, que lleva por título: *El Problema del Conocimiento en la Filosofía y en la Ciencia Modernas*. En él se expone la historia de la teoría del conocer, verdadero órgano de sustentación de todo el pensamiento especulativo posterior y piedra de toque de la moderna filosofía, desde el resurgimiento de su problemática, en las postrimerías de la Edad Media y en el Renacimiento, hasta la primera planteación de la filosofía crítica hecha por Descartes, en quien se encuentran dados los elementos sustanciales del idealismo y del racionalismo rigorista continental. Entre estos dos momentos del desarrollo histórico aparece una larga teoría de pensadores, tratados con excepcional comprensión y lucidez por Cassirer, porque en su pensamiento, a juicio de nuestro autor, se expresa y pormenoriza uno de los más amplios, directos y sustanciales movimientos de la historia de la ciencia y del pensamiento filosófico que sobre ella reflexiona.

El historiador de la filosofía tropieza también con la dificultad de establecer los límites precisos del Renacimiento —los de su comienzo y los de su conclusión como época histórica coherente—, punto de partida y simiente de la filosofía moderna, porque los primeros siglos del Renacimiento se ocupan casi exclusivamente en la asimilación de los sistemas antiguos, expresada en el doble movimiento enderezado a revisar el pensamiento platónico y el aristotélico. De esta manera nos presenta Cassirer el desenvolvimiento moderno de las dos actitudes fundamentales de la filosofía: la idealista y la realista. Junto a ellas, y como coronando sus esfuerzos, aparece una de las formas, la más radical indudablemente, del relativismo filosófico, la del escepticismo excepcionalmente lúcido de Montaigne y Sánchez. Escepticismo que nuestro historiador nos presenta como el desenvolvimiento ininterrumpido y coherente del concepto socrático de la ignorancia, que bajo la forma de la *docta ignorantia* de Nicolás de Cusa, constituye la peculiaridad metodológica que separa a esta filosofía de la Edad Media. Relativismo filosófico que encontramos en Campanella cuando rebasando los límites de la filosofía de la naturaleza busca un principio que pueda fundamentar a la *conciencia de sí mismo*, y que en Descartes constituye el bien conocido punto de partida para asentar los fundamentos racionales puros de la conciencia.

Una buena tercera parte del libro de Cassirer se dedica a la exposición y caracterización del desarrollo y nacimiento del dato fundamental de la filosofía moderna: la ciencia exacta. Los verdaderos orígenes de la misma tenemos que irlos a buscar en la filosofía de la naturaleza del Renacimiento, por más que en ella, junto a la observación exacta, practicada por primera vez con toda fidelidad y amplitud, aparezcan en la concepción e interpretación del ser exterior los deseos individuales y las sugerencias de la voluntad. A este respecto, nos dice Cassirer, es preciso marcar nítidamente la línea divisoria que separa a la filosofía de la naturaleza de la investigación exacta. Ambos momentos de la historia de la filosofía, son ilustrados por Cardano, de una parte, representante de la nueva mentalidad y de la nueva investigación, quien todavía reflexiona sobre los demonios y los milagros, y por Kepler, de la otra, en cuya concepción *estética* del cosmos perviven todavía algunos de los elementos de esa filosofía, pero que con rigor consciente levanta la barrera metodológica que le separa de sus predecesores, de Francastoro y de Patrizzi, entre otros, contra los cuales polemiza para establecer el valor lógico y diferencial de la matemática.

La tercera parte de la obra lleva por título "Los fundamentos del idealismo" y se dedica casi exclusivamente a la filosofía cartesiana, en función de la cual y de la actitud espiritual con ella consecuente, se expone el irracionalismo pascaliano, de una parte, y el conciliador y comprometido ocasionalismo de Malebranche, de la otra. Con Descartes empieza la filosofía moderna para nuestro historiador, no "porque coloque a la cabeza de su especulación la idea del método, sino porque le asigna una función nueva" de la que depende el rendimiento total de las ciencias, que no son más que "el fruto espontáneo de los principios innatos del método". Para Cassirer, la comprensión de esta relación es esencial para entender "histórica e intrínsecamente el sistema de la filosofía de Descartes".

Así termina este primer volumen cuya extensión y cuyos límites se justifican porque la riqueza del Renacimiento filosófico y científico es tal que en ella "se contiene el fundamento original y seguro de todo lo que viene después". Esto que viene después constituye el segundo volumen de la serie, en el cual se estudia la filosofía empírica inglesa, el desarrollo del idealismo a partir de Leibniz y el proceso de desarrollo de la ciencia de la naturaleza que arranca de Newton.

FERNANDO BENÍTEZ. *La vida criolla en el siglo XVI*. El Colegio de México, 1953. IJs. de Elvira Gascón, 322 pp.

Este libro es producto de una inquietud común a nuestro tiempo: el descubrimiento de las cosas de México hasta términos que van más allá de la ciencia y la erudición. El deseo de interpretar nuestro presente no se ha detenido en el estudio —o en la semblanza— de lo contemporáneo, alcanza a desentrañar el pasado, a hurgar en él, a exponerlo luego con la interpretación propia y personal de quien se siente requerido a explicar —a explicarse— el mundo en que vive. No basta el asedio que haga el hombre de ciencia, cuyos progresos alcanzados en el estudio de los problemas que se plantee, o halle planteados, están condicionados a la reserva obligada de fines que se encuentran, a veces, tan mediatos y tan esperanzados de hallar su concatenación con los descubrimientos y avances que en el mismo terreno realicen otros hombres de ciencia, que resultan casi metafísicos para el hombre de la calle, perplejo ante su circunstancia inmediata, física, tangible. En nuestro tiempo se ha dado el caso de que hombres que han hecho de su vida una para la cual la investigación ha sido el móvil principal, puedan proponer —aparentemente— sin esfuerzo y con sencillez las respuestas que esperan, ávidos, infinidad de ciudadanos otrora indiferentes. Pero junto a esto se ha dado la improvisación de quienes más jóvenes, o más ajenos a los temas que ahora son de su preferencia, sintieron la necesidad de atender a la apremiante solicitud de dar respuesta a los problemas de su tiempo. El resultado de tal actitud tiene que ser, necesariamente, diverso. Hay quienes improvisan, improvisándose, dotándose con denuedo de los instrumentos necesarios para dar una respuesta solvente, y hay quienes derivan por la charlatanería.

Es el caso que Fernando Benítez, escritor de fluido y claro estilo, se cuenta entre quienes rechazan las respuestas fáciles o hechizas y es capaz de meterse en terrenos reputados como ajenos en busca de la verdad que necesita. Y es el caso también, que al improvisarse lector de la historia del siglo XVI, mexicano, se torna en uno de sus más elocuentes intérpretes. Su ánimo observador y desmenuado le permite pasear por el pasado, a través de los libros, como a través de una "máquina del tiempo", y le es dable traer de ellos un testimonio actual y añejo, tan fresco que parece traído de la vida misma. Así, las referencias que hace a los conquistadores, a los frailes, a los magistrados, a los poetas y a los pretendientes, a los santos y a los humanistas, hijos ya todos de conquistadores, así como las que de estos mismos, no parecen tomadas de viejos testimonios, sino el testimonio mismo de un coetáneo cuyas vivencias —maliciosas o excesivamente ingenuas— pertenecieran a un hombre que se hubiera adelantado a su tiempo. El resultado de esto es que el relato, a pesar de su intrincada perspectiva de sociología de la cultura, es fácil y ameno, y la imagen que deja del mundo y de la vida de nuestros primeros antepasados criollos —ya mestizos, por el mero hecho del contorno que les daba la tierra, de su nacimiento— es tan precisa y clara como la de una casa recién terminada, a la que se le hubieran quitado todos los andamios, cosa que, hay que recordarlo, no todos los arquitectos saben hacer.

E. F. V.